

Bajo el signo de Loyola

Heriberto Tresserras f. m. s.

El mundo civilizado, aun el que no es católico, celebra con espíritu de serena reflexión, el Cuarto Centenario de la muerte de San Ignacio de Loyola y quiere ponderar la memoria de su nombre y evocar su obra portentosa en la de su combatida y combatiente Compañía.

Iñigo de Loyola, hijodalgo por su stirpe procera y tozudo en sus empresas como los de su raza vasca —que antes escupieron desde las cruces a sus verdugos que aceptar la conyunda de Roma— hace su aparición en la Iglesia en una época de luchas religiosas, con un desbordamiento de sectas que conmovieron a Europa y amenazaron la integridad misma de la Iglesia.

Todas las potencias del MAL, así con mayúscula, se habían confabulado contra el dogma y la moral de la Iglesia de Cristo, y so pretexto de adecentar con ínfulas de reformadores los lunares y la corrupción de costumbres, que incluso se había filtrado en los muros de Roma, desataron un desbordamiento espantoso de apostasía y de perversión entre sus mismos primates, como nos lo cuenta la historia verídica de Lutero, Calvino, Zwinglio, entre los pontífices oficiales de la Reforma. El mismo Erasmo, que ni aceptó formalmente la Reforma ni renegó jamás formalmente de Roma, reconoció la falsedad de la PROTESTA y la mala fe de sus corifeos.

Y en ese momento histórico y crucial se levantó Ignacio de Loyola para enarbolar la bandera de Roma al frente de su Compañía para librar recia batalla a los escuadrones de la rebelión y de la apostasía.

Mientras Lutero, entre bacanales repugnantes se preparó al asalto del Imperio para aplastar a la Iglesia de Dios, al frente de príncipes y grandes Electores, como el de Sajonia; Ignacio de Loyola, después de velar sus armas en Monserrat y depositar su espada diamantina a los pies de la Moreneta, Madre y orgullo de Cataluña, se recogió en la Cueva de Manresa entre maceraciones sin cuento y sin cuenta, y sumergido en continua oración y sublimado hasta el éxtasis deificante, gestó su plan de campaña militante una vez escrito su libro de los Ejercicios que, al decir de un célebre escritor, ha logrado más conversiones que letras encierra su texto.

Yo creo firmemente que este libro, después de la Sagrada Biblia y de la Imitación de Cristo y las Sumas del Aquinate, es el que ha obtenido mayor difusión y más fecundo apostolado.

Ese libro prodigioso, alabado por Pontífices y ascetas, teólogos y simples fieles, ponderado por millones de almas que en sus páginas y en su método profundamente psicológico han hallado la verdadera terapéutica espiritual, ha sido también criticado con acervia por clerófogos y racionalistas, como el impío Pío Baroja, que ha tenido la audacia de escribir estos conceptos tan descabellados como injuriosos e infundados: "El libro de los Ejercicios de San Ignacio, es la producción de un pobre fanático, ignorante y supersticioso. Así no se podían tener sino ideas mezquinas, bajas, ideas sencillamente católicas" (Caminos de Perfección).

De ese desplante barojiano podría decirse, parodiando lo de un crítico mordaz traído por el eximio Marcelino Menéndez y Pelayo:

"Tu hipercrítica altanera
De los libros que escribí,
Baroja, poco me altera;
Más pesadumbre tuviera
si te gustaran a tí"

¡Y pensar que algunos pseudointelectuales españoles de fuera y dentro de la Península, quieren entregar a Pío Baroja el cetro de la cultura universitaria de la juventud española, como sucesor de Ortega y Gasset! Como si fuera poco aguantar a este blasfemo, traidor a Dios y a España, contra quienes ha escrito linduras como las siguientes: "Cristo es un miserable que produjo la decadencia de la humanidad" (Loc. cit). "El Sagrado Corazón es un símbolo de la brutalidad nacional" (Loc. cit). "Indudablemente, España es el país más imbécil del mundo" (Loc. cit). Claro que quien tales esperpentos blasfematorios ha escrito contra lo más grande y contra nuestro Redentor, mal podía no hablar contra el libro de los Ejercicios.

El contacto enfermizo del mundo y de los campamentos hundi6 su garra en el corazón de Ignacio en sus años mozos y en su juventud aguerrida y clavó el dolor su ponzoña en la carne viva de ese capitán, hecho más para la conquista del reino de Dios en los hombres, que para defender castillos y fortalezas y ensanchar imperios terrenales.

En la soledad de Manresa, mejor aún que Jerónimo en la gruta de Belén, escrutó los secretos de la divina sapiencia e intuyó que la vida del hombre o se llena de Dios o se queda vacía. Y se propuso derribar las chozas del tiempo, por más que parezcan palacios de magnates, para construir tabernáculos de eternidad. Conquistó a los dos Franciscanos grandes, el de Javier y el de Borja, y a toda una pléyade de doctos e ilustres varones que marcharán por el mundo predicando la prístina religión de Cristo para las innovaciones de herejes y cismáticos, y serán luz de Trento y lumbres de Ateneos y Universidades y dilatarán las fronteras del reino de Dios en los países paganos y sus hijos redimirán a los negros esclavos y romperán sus ergástulas y suavizarán los dolores del cuerpo y las angustias del alma de aquellos infelices, cazados como fieras y vencidos y tratados como animales.

Y si por sus frutos se conoce al árbol, según dijo Nuestro Señor y consta en el Evangelio, podremos deducir la calidad de la Reforma de Lutero y sus secuaces, abriendo la historia imparcial para leer en sus páginas el estado de postración moral y cultural en que cayeron los países dominados por la mal llamada Reforma y los ríos de sangre que hicieron correr en Alemania los príncipes del Imperio, azuzados por el rebelde heresiarca, asolando pueblos y ciudades y haciendo perecer a más de 100.000 campesinos, hacinados muchos de ellos en lóbregos subterráneos y muertos de pura inanición.

En cambio, San Ignacio de Loyola y sus compañeros pasaron por campos, pueblos y ciudades reconquistando las almas para Dios y haciendo florecer una nueva primavera de virtudes y de cultura cristiana por la predicación, la enseñanza en colegios y universidades, el apostolado de la pluma, el arte de sus iglesias y aun las representaciones escénicas y populares, con ocasión de aquellas simpáticas fiestas, religiosas y cívicas al mismo tiempo, en las que se mostraba en armónica unidad la vida religiosa y civil de nuestros cristianos antepasados.

Y si el valor de una obra se mide por el vacío que deja cuando desaparece, podremos medir, por contraste, el mérito de la obra ignaciana, cuando las cortes de Francia, Portugal, Nápoles y España, dominadas por las logias en los tiempos de Choiseul, Pombal, Tanucci y Florida Blanca, suprimieron implacablemente la Compañía de todos sus dominios, e hicieron una presión aterradora contra Clemente XIV, para que la suprimiera en todo el mundo, bajo la amenaza de un cisma violento si se oponía a tal medida. Basta para ello contemplar entristecidos el cuadro que presenta la segunda mitad del siglo XVIII: Abandonadas las florecientes misiones, como las del Paraguay, el Maraón y las del Norte de México; sus indios de regreso a la selva; cerrados muchos colegios y envueltos en silencio los claustros, otrora pletóricos de una juventud selecta; mudos los pulpitos y preteridos los sabios consejos del Ratio Studiorum, tratado magistral de educación con el que han venido a coincidir muchos métodos modernos pedagógicos; y entre tanto, rampante la incredulidad y la revolución con su inevitable secuela de atroces crímenes que ensangrentaron a Francia y sirvieron de pauta a los movimientos convulsivos europeos e hispano-americanos posteriores y a los comunistas actuales.

Pero Dios es más grande que la maldad de los hombres y los restos de aquella falange de doctos y sufridos varones que en las tierras del cisma y del protestantismo, bajo Catalina y Federico, encontraron hospitalidad y acogimiento, se aglutinaron de nuevo bajo el signo de Loyola encabezados providencialmente por el nobilísimo Pignatelli, colocado ya en los altares. Y del fermento divino que Ignacio había sembrado, resurgió pujantísima la nueva organización con la bendición paternal de la Iglesia, y después de resistir victoriosamente embates y persecuciones de nuevo estilo, florece hoy con obras de apostolado de fecundidad multiforme con sus 5.211 instituciones educacionales, entre ellas 341 Seminarios y una treintena de Universidades, 71 misiones con 6.640 centros, más de 4.000 escuelas, 350 hospitales y 16 leproserías con 10.187 leprosos. Publican los jesuitas 1.320 revistas, de las que 130 son culturales o científicas; 200 de las congregaciones marianas y 150 del Sagrado Corazón de Jesús, con 50 ediciones del Mensajero del mismo Sagrado Corazón, en 28 lenguas.

Los cuarenta y un años que mediaron desde la fecha de la supresión (1773) hasta la de su restauración (1814) sirvieron para acerar con nuevo temple apostólico la obra insigne de Ignacio que hoy la encontramos doquiera, hasta en los helados paisajes de Alaska, lo mismo que en la tórrida zona del Africa Ecuatorial o en las solitarias islas de la Polinesia y en los países que gimen resignadamente detrás de la cortina de hierro o de bambú, con sus 32.899 miembros distribuídos en 58 provincias y esparcidos en 74 naciones.

Por temor de cansar al paciente lector no me detengo a contrastar la función social y redentora de la Compañía de Jesús con la función disociadora de la campaña comunista. Me contentaré como compendio y cifra a poner en paralelo a los primates del Kremlin que van de nación en nación sembrando sonrisas maquiavélicas y azuzando la cizaña de las discordias internacionales, con la pacífica y pacificadora labor de San Ignacio a través de uno de sus hijos, el Rvdo. P. Lombardi, apellidado "el micrófono de Dios", para predicar la Cruzada de un Mundo Mejor, como mensajero especial del nuevo Urbano II de nuestros tiempos, que el Papa Pío XII oficialmente proclamó en su memorable discurso del 11 de febrero de 1952.

